

## Sobre el silencio<sup>1</sup>

1. Escuchar a Dios y poder dialogar con él supone el silencio. No sólo porque la soberana discreción de Dios reclama esta actitud de corazón, sino porque además, la misma está requerida por el hombre en cuanto persona en su capacidad de encuentro. Sin duda que todo encuentro humano tiene una privilegiada forma de realizarse que es la palabra. Pero no hay auténtica palabra sin silencio.

2. «El silencio pertenece a la palabra-escibía Guardini... tanto la palabra como el callarse son fenómenos parciales, sólo ambos constituyen el todo en sentido propio para el que no hay nombre. De igual manera que solo la luz y la oscuridad constituyen la unidad fenoménica total»<sup>2</sup>.

3. A diferencia de la naturaleza, el hombre puede callar, y en ello encuentra el método para comprenderse a sí mismo, lograr la interioridad, por la cual logra una auténtica comunicación posterior interpersonal<sup>3</sup>. Mediante el silencio, a diferencia de la naturaleza cósmica, el hombre puede libremente ocultarse, volcarse en la interioridad de donde emergen sus actos más auténticos. Este silencio, no es solamente «no hablar» sino un modo activo de conducirse: como espacio interior, «es en realidad plenitud donde se baña el verbo. Hacia el silencio interior de otros se dirige la palabra dicha y así hace germinar la palabra del "tú" en la cual sobrevivirá, palabra hija de la palabra

---

<sup>1</sup> Apuntes para un retiro espiritual. El Autor es obispo de la diócesis de Chascomús (Buenos Aires), Argentina.

<sup>2</sup> *Mundo y Persona*, Ed. Guadarrama, 19631, p. 204, nota 51.

<sup>3</sup> Cf. PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro*, Alianza Editorial, 1983<sup>1</sup>, pp. 184-185.

madre. Nacida del otro y de sí mismo, este nuevo verbo saca su principal fuerza del silencio que, en cada uno de nosotros, lo ha alimentado. Sólo sabe hablar quien sabe callarse»<sup>4</sup>. Por ello, según M. Scheller, «Los hombres incapaces de comunidad en el callar no son capaces de comunicación decisiva... El callar puede ser la salvación del auténtico existir»<sup>5</sup>.

4. La auténtica palabra nace del silencio interior que la engendró a un silencio interior que la acoge. No es su opuesto: en el que debe hablar es el espacio fecundo de su germinación; en el que debe oír, es la expectación, espera y recepción de eso nuevo que se gesta; ambos silencios, son los que hacen posible la configuración y entrega de ese acto vital maravilloso que es el pensamiento; es «decir» el verbo.

Estos silencios que enmarcan la palabra, son como la metáfora de la misma existencia del hombre, ya que por el nacer y por el morir la existencia discurre entre ambos: silencio de la gestación, silencio de la muerte. El silencio, así, nos envuelve con las posibilidades que ambos tienen para una vida plena<sup>6</sup>.

«Cultivarlo conduce al vivir auténtico, es el eslabón perdido para reencontrarnos; sin él no hay vida interior y nos extraviarnos en lo negativo, el vacío y la nada espiritual»<sup>7</sup>.

Sin silencio, nuestra persona carece de espacio interior. Se encuentra derramada -«divertida»- en las cosas que no son, y con ellas se hace nada. Esto es justamente el pecado para S. Atanasio: «Volcándose sobre la nada (de las cosas)... los hombres se privaron de ser»<sup>8</sup>.

5. Por éllo, sin silencio no hay diálogo posible. Este supone un silencio acogedor del decir del otro y, por ello también, el sentido primordial del diálogo es el oírlo, y no la función del habla. Es ese silencio acogedor, de escucha, un signo de reverencia y de respeto, de reconocimiento de la persona que tomó la palabra, previo a cualquier pos-

<sup>4</sup> EDMOND BARBOTIN, *El lenguaje del cuerpo*, EUNSA, Pamplona, 1977<sup>1</sup>, t. II, p. 18.

<sup>5</sup> Cf. PEDRO LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 283, nota 17.

<sup>6</sup> Cf. MARÍA SELL, «El Silencio», en *La Nación*, Buenos Aires, (1º/abril/1973), 3ª Sección, p. 2.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> *Sobre la Encarnación del Verbo*, Paris, Du Cerf, Colección «Sources Chrétiennes», 1973, nº 199, 1ª parte, 1, 4c, p. 279 (= PG XXV, 104, col. 215).

terior asentir o disentir. El silencio es, en este sentido, un «sí» al que «es» presente ante mí, previo al «sí» o «no» de la locución, de la respuesta (lo que se llama en teoría del encuentro: «respectividad»).

Este silencio frente a alguien que toma la palabra es como darle lugar a la existencia, por lo menos del que lo escucha («existe para alguien»); al escucharle, le está dando el «ser», lo está dejando «ser»...

6. Y justamente esto mismo es el amor: es el primer deseo del amor, ya que lo primero que desea un amante es que alguien exista («primo vult suum amicum esse et vivere»)<sup>9</sup>. Callar ante alguien es como confesar que existe: «Amar una cosa es estar empeñado en que exista... estar continuamente dándole vida, en lo que nosotros depende, intencionalmente»<sup>10</sup>; «el amor -decía Blondel- es por excelencia lo que hace ser»<sup>11</sup>. «Sólo el silencio es presencia del "tú"... (que) deja al "tú" en libertad y permite esa equilibrada contención en que el espíritu, sin manifestarse está presente»<sup>12</sup>.

El silencio asumido frente a alguien, es el que posibilita el verdadero diálogo, es por ello, respeto y amor, en la esperanza de una palabra que todavía no se ha pronunciado. Esperar su respuesta, es desear lo que desea todo amor: «Tú no morirás»<sup>13</sup>. Silencio que puede ser cerrazón esquiva del que debiera tomar la palabra, del que se espera la palabra, y que hace del interlocutor un testigo de la esperanza en la posible palabra, en la revelación del hombre posible<sup>14</sup>. «Aún hay sol en las bardas -decía el Quijote a Sancho- todavía se puede esperar...».

7. Además sólo la persona sumergida en su silencio puede dar testimonio de un amor de verdad, auténtico, y pleno, como es el amor de amistad. Pues el signo y la causa de la amistad es revelar los secre-

<sup>9</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-IIae Pars, q. 25, art. 7, resp. Turin-Roma, 19481, t. II, p. 150.

<sup>10</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, vol. V, 1951, p. 559, citado por J. PIEPER, *El Amor*, Rialp. Madrid, Col. Partmos, 1972, p. 47.

<sup>11</sup> *Exigencias filosóficas del cristianismo*, Herder, Barcelona, 1966<sup>1</sup>, p. 238.

<sup>12</sup> de Martín Buber, citado por PEDRO LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 228.

<sup>13</sup> Citado por J. PIEPER, *op. cit.*, p. 48, nota 27.

<sup>14</sup> Cf. MAURICIO ZUNDEL, *¿Creéis en el hombre?*, Dinor, San Sebastián, 1961<sup>1</sup>, pp. 17 ss.: «(Es) misión del amor la de apostar por las cosas posibles. (...) El respeto a lo posible implica, en efecto, en aquel a quien afecta, una opción a su favor, que legitima el homenaje que se le otorga» (pp. 19-20).

tos del amigo; «Es verdadero signo de amistad que el amigo revele a su amigo los secretos de su corazón»<sup>15</sup>, por lo cual van unificando sus afectos, sus querer; van unificando sus corazones.

Para amar hace falta capacidad de secreto (silencio) y soledad: «Sin duda -decía Fromm- ser capaz de concentrarse significa poder estar solo con uno mismo y esa habilidad es precisamente una condición para la capacidad de amar. Si estoy ligado a otra persona porque no puedo pararme sobre mis propios pies, ella puede ser algo así como un salvavidas, pero no hay amor en tal relación. Paradojalmente, la capacidad de estar solo es la condición indispensable para la capacidad de amar»<sup>16</sup>. Si el amor no quiere ser mendicidad de afecto, supone esta capacidad de autoposición, que permite el gesto de darse, generosidad del amor verdadero.

Estas simples «aproximaciones» antropológicas al *silencio* nos previenen de la *riqueza del silencio ante Dios, de escuchar el silencio de Dios*.

8. El Silencio de Dios es una noción que se originó en el Judaísmo, en que se enlazaba con la exégesis de *Génesis* 1, 3: *Y dijo Dios: hágase la luz*. Los rabinos se preguntaban qué es lo que había antes de que Dios hubiera hablado y respondían que el silencio de Dios. El

---

<sup>15</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, XV, leci III, Marietti, 1972<sup>6</sup>, n° 2016, p. 381: «Verum amicitiae signum est quod amicus amico cordis sui secreta revelet. Cum enim amicorum sit cor unum et anima una, non videtur amicus extra cor suum ponere quod amico revelat» (cit de *Pr* 25, 9 y *Sb* 7, 27) [la cursiva es del autor].

Por ello de lo anotado en las notas 14 y 15, se concluye que en una auténtica relación humana, para que sea esto: humana, el silencio frente a otro es «esperanza»; desde el que habla, el que ha guardado silencio, permite ser signo de «amor»; pero en el que espera y en el que revela, se exige un mutuo acto de confianza («fe»), el supuesto de la espera y el amor. Por ello en una cultura del «ya», «ahora», por la valoración de lo que es «eficaz», donde la presencia «virtual» del otro es una realidad (cf. CRITERIO, Bs. As., n° 25/nov./1993, pp. 651 ss.), si la confianza (fe) sólo es posible por lo presente, ¿no estaríamos en el punto donde emergen los conflictos de relación humana y la presente disolución de profundas e intensas relaciones sociales...? Las crisis de relación, ¿son fruto de la falta de «palabra» (y su valor) o más bien, de silencio, especie de «anticipación magnánima» (M. ZUNDEL, *ibidem*), o, atención misericordiosamente...? Por ello se tendría que repasar las causas y los efectos de lo que S. Francisco de Sales llamaba «inquietud», el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado (*Introducción*, IVª parte, cap. XI).

<sup>16</sup> Cf. E. FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1974<sup>15</sup>, p. 118.

silencio que precedió a la revelación de su ira contra el Faraón, y se dará antes de la nueva creación. En el mundo helenístico, la palabra «silencio» se convirtió como en un símbolo de la más alta divinidad. Incluso nos encontramos con una oración al silencio. En el gran papiro mágico parisino, llamado *Liturgia de Mitra* (del siglo IV después de Cristo), al místico que en su caminar hacia el cielo se ve amenazado por los dioses hostiles o por poderes estelares, se le advierte que ponga su dedo en su boca y que invoque al silencio para que lo ayude, diciendo:

Silencio, silencio, silencio  
-símbolo del Dios inmortal y eterno-  
tómame bajo tus alas, silencio<sup>17</sup>.

¡Conmovedora oración! Dios es Silencio. Él se encuentra totalmente alejado y no habla. Es el Dios oculto. Ante su inescrutable silencio el hombre no hace más que elevar las manos y gritar: «Tómame bajo tus alas, silencio».

*Fue en un mundo que reconocía el silencio de Dios como un signo de su inexpresable majestad, donde el mensaje de la iglesia cristiana resonó: Dios en adelante no guarda silencio sino que habla. Es verdad que ya había actuado: él reveló su poder eterno a través de la creación, dió a conocer su santísima voluntad, envió sus mensajeros, los profetas. Pero, a pesar de todo eso, permaneció rodeado de un profundo misterio, incomprensible, inescrutable, invisible, oculto detrás de los principados y de los poderes, detrás de las tribulaciones y ansiedades, detrás de una máscara que era lo único que se podía ver. Sin embargo, Dios no permaneció siempre oculto. Existe un momento en el que dejó la máscara; una vez habló distinta y claramente. Esto sucedió en Jesús de Nazaret; y esto sucedió ante todo en la cruz.*

Así es como la alegre confesión del himno de alabanza de Cristo que se encuentra al principio del evangelio de Juan debió haber sonado a los oídos de aquellos que lo oyeron por primera vez: Dios dejó de permanecer silencioso. Dios habló. Jesús de Nazaret es la palabra, es la palabra con la que Dios rompió su silencio.

<sup>17</sup> J. JEREMÍAS, *Abba*, Sígueme, Salamanca, 1981, pp. 316-317.

9. Vemos en los textos de la Escritura, que el Dios revelado, exige silencio antes de una gran revelación: *Silencio ante él, tierra entera* (Ha 2, 20; cf. Zac 2, 17), Cuando se va a revelar, el silencio es su prólogo:

*Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía  
y la noche se encontraba en la mitad de su carrera,  
tu palabra omnipotente,  
cual implacable guerrero saltó del cielo,  
desde el trono real (Sb 18, 14-15).*

El libro del *Apocalipsis* nos habla de un gran silencio previo a la última revelación:

*Cuando el Cordero abrió el séptimo sello,  
se hizo silencio en el cielo (Ap 8, 1).*

10. Pero, vemos también que Dios es silencio, Dios guarda silencio: su plan de salvación es *secreto durante siglos eternos, pero manifestado en el presente* (Rm 16, 25.26). Cuando decimos que es «inefable» estamos diciendo que la profundidad de su misterio no se puede expresar en nuestro discurso, pues su riqueza es insondable. Su ser es misterio: *Sabiduría de Dios en misterio, escondida, destinada por Dios antes de los siglos para gloria nuestra* (1Co 2, 7-8).

Pero también, es «misterio» en el sentido de haber callado. Misterio viene del verbo *mnein* que significa «cerrar los labios», callar. El misterio de Dios, pues, es su silencio, testimonio también de su ser; no sólo insondable misterio de bondad y sabiduría infinita, sino también «misteriosa», es decir, callada, silenciada. Esto manifiesta su ser como ser personal, testimonio de conciencia (interioridad) y libertad. Nos pone ante un ser que, por su silencio, se revela amante.

11. Si su palabra ha resonado, antes fue callada. En su misterio de vida personal ¿no podemos entender al mismo Verbo como el silencio de Dios eternamente roto para sí mismo...? Su Palabra ha resonado, porque para nosotros fue silenciada, estuvo en el secreto vital. Por ello, para nosotros tiene los rasgos de la confianza que depende de su iniciativa, y por lo tanto signo de amistad que quiere establecer con nosotros, con la libre manifestación de sí mismo: *Ya no os llamaré*

*siervos sino amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15, 15).*

Si su palabra emerge del misterio personal, es palabra de amistad. Por ello, *sólo aquel que puede percibir el silencio de Dios, será capaz de ser oyente de esa palabra de amistad, palabra de gracia, del puro y libre amor de Dios, en Aquél que se reveló lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14).*

12. Por ello, no podemos apremiar a Dios para que nos hable, para que nos responda. Podemos así caer en la ligereza de entender nuestras propias voces como su Palabra. El querer escucharlo sin pasar por la ascesis del silencio, por la audaz espera ante su misterio, puede llevarnos a falsificaciones religiosas. Nosotros somos simples oyentes de la Palabra. Nuestra fe antes que proclamación es audición; y muchas veces tener fe, será escuchar el silencio de Dios; *pero él no les respondió palabra (Mt 15, 23).*

Sin silencio nuestra fe puede ser soberbio discurso sobre Dios, ideología, autoexplicación, búsqueda de seguridad. La autenticidad de la fe supone saber guardar silencio frente a su libertad, que es la de Dios, soberana e intangible. Se podría decir que retroceder ante él en silencio puede ser la consumación de nuestra decisión por él (experiencia del *tremendum*).

13. La Palabra de Dios no solamente estuvo precedida de silencio. Aún revelada, sigue envuelta en el silencio. Dios revelándose sólo ha «descorrido el velo» (*alezeia*). Su confidencia no lo ha agotado. Su revelación es como la aurora, presencia de la luz y las tinieblas. Es el claroscuro de la fe dependiente de la discreción de Dios (y si se quiere, llamarlo respetuosamente: el «puñor» de Dios...). Su oscuridad, porque guarda silencio, es testimonio no sólo de nuestra incapacidad para comprenderlo, sino signo de su libertad, de su rica misericordia que quiere suscitar adoradores en *espíritu y en verdad (Jn 4, 24)* adoradores que sean capaces de reconocer su amor en el libre otorgamiento de su verdad, de su misterio, de su sabiduría.

14. La *oración* es cómo la vigilia de esa fe, es esperar la luz plena en el respeto de la santa libertad de Dios. Ella es la fe que aguarda que el silencio sea roto por Dios, en la tensión de la promesa de verlo cara a cara, y no como en un espejo (*1Co 13, 12*). Orar es también escuchar el Silencio de Dios. «En la religión revelada -escribía Schillebeeckx- el silencio con Dios posee un valor en sí mismo. Porque Dios es Dios, desconocer la necesidad de estar silenciosamente con Dios, el amado,

“sin hacer nada”, es vaciar al cristianismo de su propia sustancia»<sup>18</sup>. Porque es Dios, por ser «una plenitud ante la cual toda palabra articulada se vuelve vacilación y pobreza»<sup>19</sup>.

15. La Palabra de Dios no sólo procedió del silencio, o como dice San Ignacio de Antioquía, el Dios al «que confesamos, es un solo Dios, el cual se había de manifestar a sí mismo por medio de Jesucristo, su Hijo, que es su Palabra que procedió del silencio»<sup>20</sup>, sino que es la Palabra que conoció el silencio de la muerte, ocultando su divinidad, para no imponerla, sino para ofrecerla como un don a la capacidad del hombre para recibirla. En la Cruz, el hombre puede experimentar el sobrecogimiento del hombre que calla, para dar tiempo, espacio para la decisión libre del hombre. En ese anonadamiento, silenciamiento en la muerte de la Palabra de Dios, el hombre puede experimentar no la lejanía de Dios, sino su misericordia al acercarse con respeto a la libertad del hombre, ofrecerse a ella, sin violentarla, dando lugar y tiempo para la respuesta creyente.

En la Cruz, el silencio de Dios, no es silencio de olvido o abandono; es revelación del amor que está dándolo todo, hasta el aliento último de vida de su Hijo, Verbo encarnado. Dando lugar a una respuesta que sea digna del hombre, por ello de Dios: la que viene de la libertad. En la muerte que silencia la Palabra se verifica como Palabra salvadora, que quiere la respuesta creyente al amor que allí se revela: *Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios (Mc 15, 39)*. Silencio del Verbo que revela el supremo acto de amor de Dios (*el amor que Dios nos tiene [1Jn 4, 9-10]*, que es «lo único que merece ser creído» [H. U. von Balthasar]. Amor que provoca el amor de los creyentes, como la Magdalena, que busca infatigablemente a su Maestro; o como dice un himno de la Liturgia de las Horas:

<sup>18</sup> E. SCHILLEBEECKE, *Dios y el hombre*, Sígueme, Salamanca, 1981, pp. 316-317.

<sup>19</sup> VÍCTOR MASSUH, *Nihilismo y experiencia extrema*, Sudamericana, Buenos Aires, 1975, p. 146: expresión del A. que las refiere al «silencio» justamente como «plenitud».

<sup>20</sup> *Carta a los Magnesios*, VIII, 1-2, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965 (reimpresión), p. 463.

«Ya madura la historia en promesas  
solo anhela tu pronto regreso;  
si el *silencio* madura la *espera*,  
el amor no soporta el silencio»<sup>21</sup>.

16. Así oraba Agustín: «Sé que no puedo de ningún modo violar el misterio que te envuelve»<sup>22</sup>; « grande es el servidor tuyo que no atiende tanto a oír lo que él quisiera, cuánto querer aquello que de tí escuchare»<sup>23</sup>.

Es el verdadero creyente, el verdadero orante: «El que posee la palabra de Jesús -decía San Ignacio de Antioquía- puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto»<sup>24</sup>; percibir los «tres misterios sonoros que se cumplieron en el silencio de Dios (encarnación, virginitad y parto virginal, muerte en la Cruz)»<sup>25</sup>.

Mitre 73  
7130 Chascomús (Bs. As.)

<sup>21</sup> Vísperas de Adviento, *Liturgia de las Horas* (ed. castellana), t. 1°.

<sup>22</sup> *Confesiones*, X, 5, 7, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 19685.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, X, 26, 37, *ibidem*, p. 424.

<sup>24</sup> *Carta a los Efesios*, XV, (1- 3) 5, *ibidem*, p. 456.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, XIX, (1-3) 1, *ibidem*, p. 458, agregando: «Derribada quedó la *ignorancia*, desecho el antiguo imperio, desde el momento que *se mostró* Dios hecho hombre, para llevarnos "a la novedad de la vida perdurable", y empezó a cumplirse lo que en Dios era obra consumada. *Todo se conmovió* desde el instante en que *se meditaba* el aniquilamiento de la muerte» (la cursiva es del autor). Denso texto de San Ignacio, donde se muestra que la victoria tiene que ver con la «ignorancia» derribada, «la revelación» por la Encarnación, y -misteriosamente- por la «meditación» del aniquilamiento de la muerte, por la «muerte del Señor», uno de los «misterios sonoros». Por ello, la oración cristiana, con esta condición inherente de silencio, particularmente la oración contemplativa, por sí misma es «purificadora» y es, por ello, *actualización del bautismo*, ascensión consciente y libre en lo cotidiano de la existencia, de lo que se es: alguien rescatado por Dios; es el «acordarse» del mismo pueblo de Israel cuyo contenido era la liberación (*Dt* 5, 12.15). Así «el silencio madura la espera», y es el *alma* de la alabanza.